

M. Dumas elogia la acción de la Facultad de filosofía ⁽¹⁾

El eminente psicólogo recuerda los progresos realizados por esta casa de estudios. — Otros conceptos. — M. Dumas se refiere, asimismo, a la obra del Instituto de la Universidad de París.

Cuando el ilustre psicólogo francés M. Georges Dumas se disponía a partir de regreso a su patria, después de dictar en nuestra Facultad de letras un brillante curso sobre *La expresión de las emociones*, requerimos del eminente viajero una impresión acerca de las instituciones de cultura a las que se había vinculado durante su labor en nuestra Capital.

En aquellos instantes M. Dumas, solicitado por mil atenciones, no pudo sino decirnos breves palabras de saludo, prometiéndonos, a la vez, escribir durante su viaje algunas cuartillas acerca de su visita a Buenos Aires. Son las que el lector hallará a continuación.

A bordo del *Valdivia* las ha escrito M. Dumas, quien nos las envía, amablemente, desde Río de Janeiro.

Se pide mi opinión sobre las dos instituciones de enseñanza con las cuales he estado en contacto durante mi estada en la Argentina: el Instituto de la Universidad de París y la Facultad de filosofía y letras.

(1) Entrevista publicada en *La Nación* el 25 de noviembre de 1925.

El Instituto de la Universidad de París

Me es tanto más difícil negarme a ello, en lo que se refiere al Instituto de la Universidad de París, cuando que, después de haber colaborado en su fundación con mis amigos Adolfo Bioy y Roger Clausse, no he cesado jamás de seguirle en su progreso y acabo de dictar un curso en él. Y no puedo tampoco rehusarme en lo que respeta a la Facultad de filosofía y letras, pues ya he enseñado en ella en 1908, cuando era todavía una institución muy joven, en 1920, en 1921, en 1925, y soy, desde 1921, su profesor honorario, por decisión oficial.

Creo que el Instituto de la Universidad de París, nacido en 1921 en casa de don Adolfo Bioy, ha sido felizmente conducido por su presidente el doctor Ibarguren, su secretario general el doctor Adolfo Bioy y su Comisión directiva en una doble dirección en que ha conquistado un doble triunfo.

El alcance de la labor del Instituto

Por sus conferencias de historia del arte, historia de las civilizaciones y literatura, el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires se dirige, como la Sorbona mediante sus cursos públicos, a un extenso y selecto auditorio preocupado de la alta cultura, para la cual exige de los especialistas que extraigan de sus estudios enseñanzas generales y humanas. Por sus cursos técnicos, no duplica, de ningún modo, las enseñanzas teóricas y prácticas que son transmitidas en Buenos Aires por maestros cuya competencia y autoridad reconoce todo el mundo; sólo exige a los especialistas de la bioquímica, de la fisiología, de la psicología, de las matemáticas, etc., que traten de cuestiones especiales ante auditorios restringidos de estudiantes especializados que esperan obtener de esas disertaciones no sólo enseñanzas de alta cultura sino métodos de trabajo y de producción.

Por sus dos órdenes de enseñanzas, el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires llega así a dos élites, y soy de los que piensan que no podría desviarse de una en beneficio de la otra sin comprometer su prosperidad. Básteme decir que, en la medida en que pueda permitirme hacerlo, no tengo sino felicitaciones que dirigir así a la Comisión directiva como a los doctores Ibarguren y Bioy.

Deberían ir profesores argentinos a la Universidad de París

No nos queda ya, para rematar vuestra obra de intercambio y aproximación intelectual, más que organizar misiones de profesores argentinos que vendrían

a expouer en la Universidad de París los resultados especiales o generales de sus trabajos y de sus investigaciones, transmitiéndonos enseñanzas análogas a las que ofrecen en Buenos Aires los profesores del Instituto de la Universidad de París.

No será esto, en sentido estricto de la palabra, ninguna innovación, puesto que desde hace ya un año tenéis un instituto argentino agregado a la Universidad de París, que ha dado pruebas de su vitalidad y cuyo desarrollo y prosperidad bien legítimas pueden predecirse.

La Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires

La Facultad de filosofía y letras ha realizado desde su fundación, en 1896, progresos que no os llaman la atención, tal vez, como a mí, puesto que sois testigos cotidianos de ellos, pero que resultan extremadamente importantes para un extranjero que no os visita sino de tiempo en tiempo.

He visto iniciarse a esta facultad bajo una forma modesta; no ocupaba entonces un gran lugar en el conjunto de Facultades y grandes escuelas de Buenos Aires; contaba con un pequeño número de cátedras, puede casi decirse que carecía de estudiantes regulares y no tenía, como oyentes, sino a los profesores de enseñanza primaria o secundaria que, después de una jornada de buena y útil labor, venían a ser alumnos en sus aulas durante la noche. Nada ha perdido hoy la facultad de tan estimado auditorio, pero con 350 estudiantes inscritos, con 35 cátedras magistrales de letras, de filosofía, de historia, de educación, con sus 33 profesores titulares o suplentes, sus institutos de filología, de historia argentina, de literatura, de geografía, de antropología americana, sus laboratorios de psicología y biología, sus seminarios de historia, de filosofía, de literatura, con la producción crítica, filológica y filosófica de sus maestros y de sus alumnos, constituye un establecimiento de enseñanza superior, verdaderamente digno de vuestro país.

Los resultados

Por consiguiente, los resultados de esta fuerte organización no se han hecho esperar. Los he comprobado yo mismo en varias obras publicadas por la Facultad de filosofía y letras y en la enseñanza secundaria, para la cual la facultad forma profesores cuya competencia y aptitudes garantiza. Amigos argentinos me dicen que se pueden comprobar los mismos felices resultados en vuestra producción histórica y crítica así como en los progresos de la intelectualidad ge-

neral, y estas consecuencias múltiples del desarrollo de vuestra Facultad de filosofía y letras son tan naturales que podrían ser fácilmente previstas.

En este caso también, al expresar mi admiración por todos los eminentes decanos que he visto en la tarea desde 1908, querría dirigir mis felicitaciones cordiales a mi colega en psicología, el decano doctor Alberini, que muestra de nuevo, tras los ejemplos dados en París por Liard, Rabier, Buisson, Lapie y tantos otros, que los buenos filósofos son, cuando es menester, excelentes organizadores.